

Por ese sabor amargo

Josefa Zambrano Espinosa

La ronda de la noche se derrama en mis oídos: ¡Guau, guauuu! ¡Bang-bang-bang! ¡Ay, ay, ay! La ronda de la noche cierra mis ojos y cubre mi cabeza de pena. Pena-delito-pena-penita-pena. Ronda de pena que está en el aire, en las paredes y los árboles que separan a mi cuerpo yacente de la calle.

Lengüetazos, bigotes y naricitas frías recorren mi piel, mientras, la voz de Lupe Victoria Yoli Raymond acompañada por Tito Puente entra y me envuelve: *“¿Qué te pedí que no fuera leal comprensión?... y aunque quise robarme la luz para ti, no pudo ser... Y pide lo que yo pueda darte, no me importa entregarme a ti sin condición ¡Ay, ay, ay! Pero, ¿qué te pedi...? Tú lo puedes al mundo decir, que supieras que no hay en la vida otro amor como mi amor...”*

La Lupe estaría en medio de timbales, trombones y congas; máscaras, serpentinas y papelillos; público revoloteante de voces aguardentosas: *¡Arriba, mamá! ¡Jala-jala pa' ti!* Y la Lupe, aloquinada y desesperosa, se rascaría la cabeza, se levantaría la falda y les lanzaría los zapatos. Fue cuando tu,

acercándote, te colocaste detrás de mi. “¿Tu nombre?” Te lo dije y repetiste: “Luisa Francesa, Louise Frech, Luisa Francés, Francesita, Franca”. Tus ojos rieron. Mi lengua pasó suave y húmeda sobre los labios y entre los dientes, luego de tu “Yo leo el inconsciente” que me dejó casi sin respirar. Convertidos en tu sombra estaban esos ojos que, al querer saltarse el límite de las pestañas, le abomban los párpados al hombre con barba y vasos en las manos que a tu lado propuso: “Un brindis por este extraordinario encuentro que sellará el resto de nuestras vidas”. Sonrió y se presentó como tu novio, Erick. Yo, siguiendo el juego te dije: “Erick. Erío. Erigido. Erizado”. Quizás la erizada fui yo ante un avance inesperado de tu mano sobre mi mejilla y un “¿Qué me dices de NAHOMI?”

Siento el calor de tus dedos que resbalan suaves, y lentos se retiran. Nohami, Nahomí, Nohami, Nohemí, ¡Mimí, tu mano no era gélida y aún sigue candente en mi mejilla...!

La luna y las estrellas de neón crepitaban y los bailarines se acoplaban al ritmo de la orquesta y de la Lupe: “*La noche que tú me miraste, que yo te miré... Las estrellas suspiraron de alegría y una alegre melodía a tu lado yo escuché. Enloquecida se halaba los cabellos. A tu lado yo escuché...*” No pude apartar mis ojos de la sonrisa que, como una llaga horizontal y purulenta, brotaba del pelo que le escondía la cara al hombre que continuaba detrás de ti. Con disimulo busqué mis manos con los ojos y no vi más que mis dedos largos de uñas bien limadas y pintadas en rubí.

—¿Bailamos?

Tus palabras, esféricas y transparentes, estallaron contra mis oídos, mi cabeza, mi piel... Mis mejillas se encendieron y mi pecho: *Tinti-tinté-tintí-tintá-ta-tá...*

Retumban los cueros. Suenan los trombones inimitables de la Sonora Matancera. Irrumpe el timbal y hace su entrada la voz de Celia Cruz: *"Ignorada marcianita! Yo que tanto te he soñado... En la tierra no he logrado que lo ya conquistado se quede conmigo nomás... Caen el coro y la descarga: "¡Ignorada marcianita!" Y Celia, morenaza y con dientes separados que brillan tanto como las lentejuelas que envuelven su majestad, grita: "¡Aaazúcar!"*

Tenías algo de vulgar en los dientes... En el esmeril para las uñas que sin pudor usabas en público, y... ¡Mucho de infierno en los ojos! Tu amplia bata —soles heráldicos, amatistas, turquesas y azabaches— se extendía con la brisa de tus movimientos como la enorme ala de una mariposa. La hiciste volar sobre tu cabeza, quedándote ante mí sólo con tu cuerpo.

Suenan los trombones, caen los timbales, entra el piano y Celia canta: *"Mi cocodrilo verde, en tu palmar se pierde la mágica leyenda de yemayá y Changó... Mi cocodrilo verde, pedacito de azúcar, las gaviotas anidan en tu litoral..."*

Tomaste mis manos —encajes y sedas— para cubrir tus senos suaves y endurecidos. Me eché hacia atrás.

Celia entra nuevamente: *"¡Déjame! Búscate a otra, déjame. Si mi amor fue una desgracia, déjame. Ya te lo dije: ¡Déjame!..."*

—¿Nunca has hecho el amor?

—Soy serafín. Querubín, Angel. Arcángel.

El fuego se apagó en tus ojos. Me acerqué, pero tu mano con un ademán hizo suyo mi rechazo.

—Marcianita. Cocodrilo verde.

La reminiscencia —sorprendente y ondulante— de tus palabras me hace vibrar tanto como la música de la Sonora Matancera. Irrumpen los trombones y el coro descarga: "*Si tu no vienes te voy a buscar*" Caen los trombones y el coro. Entra Celia: "*Ven o te voy a buscar... Si sé que soy tu destino...*"

La noche se volvió oscura. Negra, Negrita, Negrísima. Era la que habían elegido. La que necesitabas para que su luto se doliera de tu apasionada sensualidad ebria de sal, viento y resplandor. Por todas partes me siguieron la seda y la canela de tu piel: tus soles heráldicos en el ala enorme de una mariposa. Un achiss, veinte achiss, cien achiss... Preparaste tus pócimas, secaste mi frente y me remediaste en tu pecho. Te tendiste a mi lado. Tomaste mi mano... Tu mano se separó de la mía y comenzó a subir, a bajar a lo largo de la tela que envolvía mi muslo derecho. Se detuvo. La tomó nuevamente y la colocó sobre uno de tus muslos desnudos. Se movió arriba: seda, abajo, raso, hasta quedar atrapada ahí... Como luciérnagas se encendieron tus soles heráldicos y me anunciaron la presencia de una anguila que, sacudiéndose, me recorría desde el vientre hasta el centro mismo donde se unen mis senos. Tu lengua te igualaba a los dragones y a las serpientes. Mi boca estaba en tus ojos, en tu nariz y en tus mejillas cuando no era continuación de la tuya. Jurábamos con Toña La Negra: "*Yo te sabré besar. Yo te sabré querer. Yo haré palpar todo tu ser y haré mío tu exquisito abandono de mujer...*" Su aliento nos impregnó de tabaco, ron y amaneceres sin alba... "Erich está feliz con nuestra unión y viene a celebrar..." Me volví serafín, querubín, ángel y arcángel vengadores cuanto te vi tendida bajo aquella masa blanca y velluda. Fui mar embravecido y sentí que aquellos ojos, burlando el cerco de pestañas, se desbordaron de su párpados para hundirse en el agua y la

espuma de nuestros cuerpos que, en olas iban y venían.

Caen los trombones y en medio del piano y el coro, entra Celia: "...*Tú eres mi vida, tú eres mi querer...*" No puedo comer. No puedo dormir. Quiero seguir a la caza de tu piel, de tus senos, de tus soles... Perpetuarme aroma, semillas y pulpa en la guayaba de tu vientre. Enmudecen los timbales. Entran el piano y La Lupe: "*Con el llanto de tus ojos y las manos sin destino, te vi partir... Destino cruel que así mató todo el amor que nos unió... ¡Aay! ¡Adiós!, qué triste fue el adiós que nos dejó al partir y asin voz para llorar... ¡Adiós!...*" Un hormigueo ácido me recorre desde la garganta hasta el ombligo. Me llevo las manos al estómago. Tu imagen se aleja y mi espejo se queda sin luna. Cae la tumbadora y entra La Lupe nuevamente: "*Partir fue regresar a mi al escuchar tu voz sin tenerte aquí... ¡Adiós! qué triste fue el adiós, amor. ¿Quién fue que así mató nuestro destino sin razón? ¿Por qué vivir así? ¿Por qué tanto dolor? ¡Ayy, ¡Qué enorme soledad me quedó sin ti!*" me dejas al lado de las glosinias de pétalos y hojas llenos de tu piel; en compañía de mis lentes, mis plumas, mis relojes; mis libros y mis discos. Me quedo con mis pesadillas: el deambular extraviada por esa casa de cuartos desiertos, escaleras en caracol, balaustradas de madera y pasillos de pisos de mármol a cuadros blanquinegros que desembocan en altares donde Nazarenos y Dolorosas —al resplandor de las velas— transforman sus caras gimientes en amenazadoras bocas y ojos que se abren, abren, abren hasta casi...

Siento que los días son noches y las noches días. Las horas son segundos y minutos y meses y años. Mis pensamientos naufragan. Trato de recordar si la voz que canta es la de María Callas o la de Kalus Nomi, o es la de Christa Ludwig:

*"Mon coeur s'ouvre a ta voix
comme s'ouvrent les fleurs
aux baisers de l'aureore!
Mais, o mon bien-aimé,
pour mieux secher mes pleurs,
que ta voix parle encore!
Dis-moi q'a...
tu reviens pour jamais!
Redis a ma tendresse
Les serments d'autrefois,
ces serments que j'amaís!
Ah! réponds a ma tendresse!
Verse-moi, verse-moi l'ivresse!..." **

Entra el tenor y escucho: *"¡Nahomi! ¡Nohemi? Je t'aime"*
Mi cabeza zozobra al oír ese nombre también bíblico, pero amargo.

Te sigo en el retumbar de los cueros, en la entrada de los trombones; en las caídas de los coros y las descargas; en las voces de Celia con la Sonora —mano a mano— y de La Lupe con Tito Puente. En el ondular de tu enorme ala de mariposa con soles heráldicos y en el quebrarse de tus caderas ante infinitos *tata-ta-tá-tacatacatataá ¡Oleololelolá!* Mis piernas, mis brazos y mis manos se contorsionan, contorsionan, contorsionan...

Mamá me mira en blanco y negro. Con sus manos cierra mis ojos de musgo y peina mis cabellos castaños. Implora a San José, a la Virgen y al Niño: *"¡Ayudénmela a encontrar a alguien que me la quiera y me la comprenda de verdad"*. Está más nítida, más cercana —me aferro a sus senos con boca glotona de cuatro años y dientes separados— y me acuna: *¡Noche de ronda! ¡Qué triste pasas! ¡Qué triste cruzas por mí*

balcón! Noche de ronda, ¡cómo me hieres! ¡Cómo lastimas mi corazón!... Mamá se esfuma en el cigarrillo, la cicatriz y el piano de Agustín Lara; canta con voz de Toña La Negra: "Dime si esta noche, tú te vas de ronda como ella se fue... Que las rondas no son buenas, que hacen daño, que dan pena, que se acaba por llorar..." Sí, la ronda de la noche cierra mis ojos y cubre mi cabeza de pena. Pena-delito-pena-penita-pena. Ronda de pena que está en el aire, en las paredes y los árboles que separan a mi cuerpo yacente de la calle y de ti que, *"...puedes al mundo decir... que supieras que no hay en la vida otro amor, como mi amor..."* Cae la voz de La Lupe. Entran los metales. Si silencian los timbales, las congas y los cueros.

- * SAINT-SAENS, Camille y LEMAIRE, Ferdinand. **Sansón y Dalila**. Acto II: "Mi corazón se abre a tu voz". ("Mon coeur s'ouvre a ta voix").

"Mi corazón se abre a tu voz/ como se abren las flores/ a los besos de la aurora/ Pero ¡oh, mi amado!/ para secar mejor mis lágrimas/ Qué tu voz hable de nuevo! / dime que a.../ Tú regresarás para siempre/ Repítele a mi ternura/ los votos de antes/ aquellos votos que yo amaba/ ¡Ah! Responde a mi ternura/ ¡Lléname, lléname con éxtasis!..."

